XLIX

EL VENENO

Revestir sabe el vino los tugurios peores
de un lujo milagroso,
y hacer surgir un bello pórtico fabuloso
de entre rojos vapores,
igual que un sol de oro en un cielo brumoso

El opio lo hace todo desvaído, ilimitado
hasta la infinidad;
ahonda en el tiempo, y a la voluptuosidad
le da un placer cansado;
colma el alma por cima de su capacidad.

Mas todo eso no vale el veneno vertido
por tu verde mirada,
lago donde mi espíritu se refleja invertido...
Mis sueños han bebido
en el amargo pozo de tus ojos, amada.

Todo ello no vale ese placer nefando
que tu saliva vierte,
y me hunde en el olvido, y mi alma pervierte
mientras la va arrastrando
desfallecidas a las riberas de la muerte

Charles BAUDELAIRE, *Las flores del mal*

ARTE POÉTICA

Sea la música antes que todo;
para ello el verso Impar prefiere,
porque es más vago, más vaporoso,
nada de pose, nada que pese.

No te obsesiones en perseguir
esa palabra precisa y justa:
nada más grato que el canto gris
que lo Indeciso a lo Exacto junta.

Son tras un velo unos bellos ojos,
es a la tarde la luz que tiembla,
es en el cielo suave de otoño
un aleteo azul de estrellas.

Así, el Matiz siempre busquemos.
¡Siempre matices, el Color nunca!
Con los matices juntar podemos
sueños con sueños, música y música.

Abandona la Burla asesina,
el cruel Chiste y la Risa impura,
que como el ajo de ruin cocina
al Azul puro los ojos nublan.

A la Elocuencia ve y estrangula,
y harás muy bien en dominar
la Rima fácil, con mano dura.
Si te descuidas, te arrastrará.

¡Ah, cuánto engaño encierra la Rima!
¿Qué niño sordo o qué negro necio
forjó esta joya falsa y sin precio
que suena a hueco bajo la lima?

¡Música ahora y música siempre!
Dos grandes alas pon a tus versos
y abre tu alma para que vuelen
a otros amores, hacia otros cielos.

Tu canto sea la buena nueva
que esparza el viento a la aventura
y que a tomillo y a menta huelen.
El resto es todo literatura.

Paul VERLAINE

EL DURMIENTE DEL VALLE

En el hondo verdor canta un arroyo claro,
que espolvorea la hierba de jirones de plata,
en que destella el sol de la agreste montaña.
Es un pequeño valle donde espejean los rayos.

Desnuda la cabeza, boquiabierto, un soldado
joven hunde su nuca en los berros azules;
pálido bajo el cielo, en la hierba acostado,
duerme en su verde lecho, donde llueven las luces.

Los pies entre gladiolos, duerme y sonrío como
reiría soñando el niño más enfermo.
¡Naturaleza, acúnalo con calor! Está helado.

Los perfumes no hacen estremecer su rostro;
duerme al sol, con su mano tranquila sobre el pecho.
Tiene dos agujeros rojos en su costado.

Arthur RIMBAUD

¡Oh, mi yo! ¡oh, vida
de sus preguntas que vuelven!,
del desfile interminable de los desleales,
de las ciudades llenas de necios,

de mí mismo,
que me reprocho siempre (pues
¿quién es más necio que yo, ni más desleal?),
de los ojos que en vano ansían la luz, de los objetos
despreciables, de la lucha siempre renovada,
de los malos resultados de todo, de las multitudes
afanosas y sórdidas que me rodean,

de los años vacíos e inútiles de los demás, yo
entrelazado con los demás,
la pregunta, ¡oh, mi yo!, la pregunta triste que
vuelve: ¿qué de bueno hay en medio de estas
cosas, oh, mi yo, oh, vida?

Respuesta:

Que tú estás aquí, que existe la vida y la identidad,
que prosigue el poderoso drama, y que tú
puedes contribuir con un verso.

Walt WHITMAN

Esa cosa con plumas, la esperanza,
que en el alma se posa
y canta la canción, pero sin letra,
y nunca se detiene,

y se oye dulce entre la ventolera.
Airado debe estar el temporal
capaz de avergonzar al pajarito
que le brindó calor a tanta gente.

En las tierras más gélidas lo oí
y en el mar más extraño;
y sin embargo, ante la adversidad,
no me pidió jamás una migaja.

Emily DICKINSON